

COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS

EXPOSICIÓN DE BLITZH LOZADA SOBRE EL LIBRO DE RAÚL PRADA ALCOREZA,

ONTOLOGÍA DE LO IMAGINARIO: FORMACIÓN DEL SENTIDO Y LA PRAXIS¹

Lic. Blithz Lozada Pereira²

Varios son los libros de Raúl Prada que hasta ahora he tenido la suerte de leer, suerte que sin embargo, no sé, inclusive hoy, si ha sido buena o mala. Digo esto porque hasta que tuve la oportunidad de leer el libro *Ontología de lo imaginario: Formación del sentido y la praxis*, no se dio en mí, con tanta fuerza, la contradictoria sensación de sentirme, por una parte, encandilado con las expresiones de Raúl y, por otra, refractario a aceptar sus tesis *filosóficas*. Este libro, más que ningún otro escrito por Raúl, invita a una inefable degustación, dulce y amarga al mismo tiempo. El texto provoca tanto un acercamiento como un distanciamiento del autor, es la cristalización de una arquitectónica de formas que deslumbran, brillan, subyugan y fascinan mientras que, simultáneamente, permiten descubrir que la materia con la que han sido construidas ha provenido de las mismas canteras que fueron el lugar de suministro de los insumos del pensamiento occidental.

Los libros escritos por Raúl Prada, hasta antes de la *Ontología de lo imaginario*, no descubren al sociólogo que halla en la cotidianeidad, la conexión de los hechos, tratando de *explicarlos*, ni siquiera se advierte al demógrafo especializado en la aplicación de técnicas a procesos migratorios. En sus artículos, ensayos y libros, Raúl deja entrever la imagen del cartógrafo que ciertamente lo es, la del genealogista obstinado en mostrar continuidades y rupturas, la del hermeneuta que siempre deja deslizar *sui generis* interpretaciones y relaciones, pero ante todo, se advierte la imagen del poeta que metaforiza los más intrincados y duros conceptos teóricos.

¹ Texto leído por el autor en la presentación del libro de Raúl Prada. El evento se llevó a cabo en el Salón de Honor de la Universidad Mayor de San Andrés en junio del año 1997.

² Blithz Lozada Pereira es docente titular de las Carreras de Filosofía, Historia y Ciencias Políticas. Tiene una amplia trayectoria como profesor de nivel superior y ha estudiado Filosofía, Economía y Ciencias Sociales. También ha cumplido labores de dirigente nacional siendo de 1985 a 1987, Secretario de Bienestar Estudiantil y Deportes de la Confederación Universitaria Boliviana, y de 1987 a 1989, cumplió la función de Secretario de Vinculación Social de la Central Obrera Boliviana.

En el libro *Ontología de lo imaginario*, el autor muestra con el más luminoso brillo que es capaz de producir, la arquitectónica y la sistematización de pulsiones que más implícita que explícitamente, más intuitiva que discursivamente, le han permitido expresar sus ideas anteriores de textos precedentes. Y es que en esta obra voluntaria, consciente y dramáticamente, el autor irrumpe subrepticamente tratando las formas e imágenes que se han sido tradicionalmente *de* la filosofía.

Mi formación profesional, de la que estoy absolutamente consciente de que incluye muchos hoyos y vacíos, entre profundos algunos y muy extensos otros; me permite comentar el libro de Raúl tal y como lo que sé de filosofía. Mi formación me deja apreciar el texto, sin que crea que en esta apreciación no operan sesgos, prejuicios, perspectivas y juicios de valor que, por lo que entiendo, son las ineludibles vías por las que un trabajo teórico no se pierde en los anaqueles empolvados de bibliotecas vacías, o en los depósitos de las instituciones que patrocinan las publicaciones o simplemente las reciben o adquieren como intercambio bibliográfico.

Hablar de "ontología" me mueve a comentar un tópico del que reiterativamente he escuchado y leído en largos y pesados años de estudio de la filosofía, que es el tema central de la problematización y la elucubración filosófica. No quiero, porque me parece impertinente, ahondar con un efluvio de nombres, autores, corrientes y periodos de la historia de la filosofía, historia que por lo demás he constatado que es sólo la historia de Europa o, en el mejor de los casos, la historia de Occidente. Creo que los filósofos han echado luces, cada uno desde su propia perspectiva, para "alumbrar" a su modo, el *problema del ser*, luces que son de distintos colores e intensidades, luces que han permitido construir sus propios horizontes de visibilidad y la escenografía para que, en el reino de las sombras de las ideas y los conceptos, fuera posible de alguna manera, pensar, imaginar, sentir, vivir y *sufrir* el *ser*.

Al parecer, la preferencia "filosófica" de Raúl Prada respecto del problema "ontológico" (remarco aquí el entrecomillado del concepto), se alinea en el lugar de observación de la perspectiva de Martín Heidegger. De aquí que comience su libro refiriendo que el tema ontológico es la pregunta que interroga sobre el sentido que tiene hablar sobre el *sentido*. Al margen de que Heidegger muestre la imposibilidad de la formulación de la pregunta que interroga por el ser, remarcando que dicha pregunta sólo puede formularse en tanto se interroge por su sentido, pregunta que por lo demás ha sido insuficientemente articulada; al entender Raúl que la ontología busca el "sentido del sentido" y que trata la "metafísica del sentido", me parece que piensa que el tópico más importante de la filosofía, el *ser*, el núcleo de la reflexión más abstracta y el más fértil concepto en la problematización occidental, implica, precisamente, tratar el tema del "sentido del ser".

Si Martín Heidegger dirige sus reflexiones filosóficas en torno a quién formula la pregunta y muy especialmente, respecto a la relación reflexiva que el hombre crea respecto de sí mismo para hacerse la pregunta sobre el *sentido del ser*, en el horizonte de su propia existencia, es decir en la facticidad que lo presenta como *echado en el mundo* y como un ente indefectiblemente *temporal*, destinado a morir; si las reflexiones de Heidegger tienen este carácter, en el caso de Raúl Prada advierto que sus pensamientos siguen un camino diferente. Él no parte de sí mismo, del *yo* que se cuestiona en su in-

mediatez, sino de un sujeto social que vive una facticidad colectiva y que es, representativamente, el sujeto en el que se constela un imaginario colectivo: alguien en quien se puede descubrir una simbolización grupal y una captación del mundo de varios, relativamente propia y original, simbolización que opera en el plano de la acción siguiendo imágenes míticas.

El *sentido* es ante todo, una metáfora espacial. En torno a esta metáfora, se reúnen otros términos que refieren conceptos como "dirección", "meta", "camino" y, de manera irrecusable, aunque implícita y lábilmente, la idea de *sujeto* como entidad filosófica.

En Occidente, la explicitación del sentido de la historia se ha dado en la larga duración de la modernidad, precisamente, con el autor que según muchos críticos de hoy, constituye el primer hombre moderno en el sentido más general, el filósofo que representa la construcción de un característico diagrama de conceptualización: me refiero a san Agustín. La historia, el sujeto impersonal o tras-personal, ha sido imaginada desde el siglo V de nuestra era, como la entidad ubicada y colocada en el tiempo, de modo que la temporalidad resulta ser el horizonte limitado de su propia existencia. La historia sigue, desde la concepción agustiniana reiterativamente remozada por el pensamiento moderno de, por ejemplo, el siglo XIX; sigue, decía, un camino de "progreso", un proseguir lineal, un *procurso* que hace de esta entidad, el escenario en el que los acontecimientos se den no de manera autónoma e inconexa, sino sujetos a un determinado orden, según una disposición que los dirige, un acontecer no caótico ni azaroso: se sucedan según un *sentido*.

El orden que se advierte en la sucesión de los acontecimientos, hace que se pueda dirigir la mirada a la razón de la serie, permite que sea posible presuponer que por debajo de los hechos, irremisiblemente fácticos, por detrás de los acontecimientos que se suceden unos respecto de otros y que efectivamente se dan; "subsiste" un orden. Oculto detrás de lo contingente, estaría lo necesario, la predeterminación que ordena las secuencias, da realidad a los hechos y existencia a lo latente; en definitiva, hace que lo actual esté en la línea según la cual la historia como totalidad, llega a la meta siguiendo la dirección marcada por el sentido.

Que esta meta sea el Reino de Dios, la paz perpetua o el Estado cosmopolita, que el *telos* de la historia sea la absoluta autoconciencia de la idea y la libertad perfecta, que sea el final liberal en el contexto del mercado irrestricto; o incluso sea la sociedad utópica soñada por el comunismo, el socialismo o cualquier otro contenido de la imagería filosófica, son sólo variaciones de contenido de la misma matriz de pensamiento: la matriz del sentido y la *metafísica de la historia*. En cierta medida, por el empleo del lenguaje, por la conceptualización evidente y por varios indicios teóricos, Raúl Prada continúa esta tradición y sigue apostando al sentido en su más abarcador y abstruso contenido especulativo, ¿qué "dato" más insidiosamente sospechoso si no, constituye que el subtítulo de *Ontología de lo imaginario*, refiera la reivindicación de la formación del sentido?

Deseo comentar otra apreciación con prejuicios míos, apreciación dada desde otra perspectiva, aunque referida a lo mismo: el *sentido*. En la filosofía occidental, referirse a

los "secretos del universo", tal y como Raúl Prada presenta al inicio de su obra, no ha significado seguir un procedimiento de descubrimiento de las leyes de la ciencia. Develar la verdad, recorrer el velo que encubre los secretos del *ser*, en el diagrama conceptual que he mostrado, ha implicado, en mi opinión, dos tareas:

En primer lugar, imaginarse la meta: representarse el *telos*, al tiempo que se bosquejan los puntos de fuga del cuadro que se pinta como totalidad. Por otra parte, la segunda tarea ha estado relacionada con descubrir la *razón de la serie*, es decir, pensar partiendo de la sucesión de la serie, en aquello que "explica" la nueva aparición. Tratar el "núcleo" que permite que lo táctico exista como tal, sea de la manera como *sucede*, significa descubrir la "razón" subyacente en la historia. Satisface las condiciones por las cuales, sobre los *secretos del ser*, se echan luces desde algún lugar, se riegan colores y sentidos en las múltiples aristas de lo que *es*; en definitiva, significa enseñorearse en una posición desde la cual se da cuenta del sentido; tal, la *metafísica del sentido*.

La *metafísica del sentido* abarca tanto las elucubraciones de la *teología de la historia*, como las que son propiamente, la *filosofía de la historia*. Así, incluye también al sueño positivista y al materialismo histórico. Pero, además, es el mismo diagrama conceptual en su trama filosófica que se vuelca sobre los conceptos y las nociones lingüísticas. Por otra parte, es sustantivamente la misma, la *metafísica del sentido* en la reflexión de tipo "ontológico". Para la ontología, tratar acerca del *sentido del ser*, implica precisamente, ocuparse con la segunda tarea arriba indicada. Es decir, refiere una relación a la noción más holística e indefinible, a un *algo* que es todo y a un *aquello* que no es un esto: el *ser*. Y es que en Occidente, el ser ha sido pensado sólo con relación a su sentido, sólo ha podido fijarse algún aspecto de él, en la medida en que se constituye en la *razón de la serie*, la serie de todos los entes, lo que permite que *sean*.

En este punto, el *sentido* aparece como lo que posibilita que todo lo que *es*, sea del modo como efectivamente *es*, según las categorías que le son propias, según su entatividad y de acuerdo a su *ser en el mundo*. Desde esta posición que se constituye en la de mayor consistencia argumentativa en la tradición filosófica occidental, no cabe pues hablar de una *ontología* sino con relación al *sentido del ser*. Por esto, el intento de Raúl Prada de señalar el lugar y significación de lo imaginario, más que una "ontología" resulta ser una interpretación *óntica* de lo imaginario, un análisis del lugar y de las categorías que permitan entender al imaginario relacionado con la praxis, eminentemente social.

Según el autor, la "ontología de lo imaginario" está desarrollada por dos grandes componentes: lo que denomina la "arqueología de lo imaginario" y lo que refiere como "genealogía del sentido". Sobre esta idea es que ahora, vierto mis opiniones.

Al hablar del *sentido* se lo puede concebir como la *razón de la serie*. Es posible que la serie se refiera a los hechos de la historia, como es posible que se la piense como la serie de actividades encaminadas a un objetivo concreto, inclusive puede ser la *serie* de tareas que un proyecto racionalmente constituido obliga a efectuar; finalmente, en el nivel más abstruso, la *serie* es de todo lo que *es*, según el sentido racional de su existencia. Tal, el plano ontológico. Entiendo que la "genealogía del sentido" es la tarea de interpretación mediante la cual se hace notoriamente ostensivo cómo se han dado las escansiones y las

continuidades, la acumulación y la ruptura, el ciclo y la debacle, tanto de los conceptos como de las formaciones discursivas, tanto respecto de la articulación de los *archivos* como respecto a la vigencia de los *arquetipos*.

Me parece que la "genealogía del sentido" es la interpretación de cómo ha surgido en Occidente, la matriz de pensamiento que forma los más diversos engendros según la misma información de base, según los mismos códigos genéticos, aquellos códigos que presuponen que el sentido explica, que mueven a pensar que lo que acontece tiene una *razón de ser* y un motivo para *ser así*, que en todo subsiste una estructura profunda, que se da una *arquitectónica de formas* que hace de las palabras y las imágenes, destellos brillantes en las épocas y las sociedades: los destellos que erigen su propia *episteme*.

Frente a esta matriz que engendra una *episteme* propia, en mi opinión, posiblemente el valor más destacado de lo que la obra de Raúl Prada insinúa, aunque no lo desarrolla minuciosa ni explícitamente, sea la contraposición, desde nuestras culturas nativas, en su imaginario y en su práctica, a dicha *matriz del sentido*. Frente a los contenidos de la entelequia y la teleología de la filosofía occidental, el autor deja apreciar que es el imaginario de nuestras culturas el que incorpora el caos y el devenir inocente; en contra precisamente, de las pulsiones que instituyen una la dirección, una meta y un *procurso*.

Tal, el imaginario de la cosmovisión en los Andes. Por ejemplo, deja ver al azar como la escenografía del poder y permite apreciar la constitución de las instituciones de la sociedad de forma contingente e in-esencial. Más acá de los retornos, los "rescates", los "clichés" de *identidad* y las ideas sobre los proyectos reivindicativos de una mismidad nunca esclarecida, Raúl Prada instituye que nuestras culturas hipostasian la carencia de un solo final, afirman la ausencia de términos y un imaginario a-teleológico, un pensamiento anti-entelequias y un diagrama en el que no existen los momentos sintéticos superiores. La historia es un devenir sin plenitud, sin absoluto de cualquiera laya, ni *ser* de ningún color. Tal, la cosmovisión de sucesión inocente, de diversidad de dominios y de sentimientos de conformidad y adecuación sin substancia.

I

Sin embargo, siendo que Raúl Prada está interesado en tratar el tema especialmente del *imaginario colectivo* de nuestros grupos étnicos y culturales, según los signos y los símbolos que les son propios y con base en representaciones simbólicas relativamente específicas; la "genealogía del sentido" tendría que establecer de forma más taxativa, la importancia de la diferencia respecto del pensamiento europeo tradicional. Debería remarcar su separación de las categorías occidentales, su natural prescindencia de la "ontología", y el hecho significativo de "ignorar" al *telos*.

Raúl Prada tendría que verbalizar y no solamente sugerir, que en oposición a la *filosofía del ser*, a la *metafísica del sentido* y al discurso occidental racionalmente articulado, en contra del discurso que instituye siempre una entelequia subyacente, una naturaleza y una identidad imaginadas; en nuestros grupos étnicos, en las prácticas culturales que les son propias y en los imaginarios que configuran cosmovisiones comunes, se dan categorías inaprehensibles para la mente logocrática, imágenes irreproducibles para la tecnología maquina y sentimientos invalorable para el *ethos* euro-céntrico.

Me parece que el autor tendría que hacer esto, y debería realizarlo no de manera poética, sino sistemáticamente; no de manera intuitiva, sino discursivamente; no de manera vivencial, sino ideológicamente. No obstante, en sus propios enfoques radica el mérito de su libro, en aproximarse a lo que se acerca de una forma distinta y original. Pero, si su pulsión es "filosófica", más aún, *ontológica*, si quiere que su libro tenga algún lugar aunque modesto, en el pensamiento filosófico, si espera reconocimiento "occidental", carece sin duda de una verbalización rigurosa. Apenas es una posición atrincherada en su propia consistencia y conceptualización que, aunque permite ver al *otro*, refiere sólo lo que Raúl vive y siente con relación a sí mismo y los demás.

Pero, por otra parte, no puede dejar de apreciarse que en la obra el autor permite advertir una cosmovisión que constela lugares, cosas, hombres y saberes como símbolos recurrentes que se convierten en los ejes de prácticas sociales concretas: símbolos que se expresan en mitos, los que a la vez, delinean un imaginario colectivo, el imaginario que arma tramas y texturas en los estratos de la conciencia de los grupos.

Desde este punto de vista, el libro de Raúl Prada se constituye efectivamente, en una contrastación paradójica del *sentido*, en una contraposición efectiva entre lo que puede denominarse "el sentido del ser ontológicamente constituido en el discurso occidental" y lo que es el "sentido del mundo cosmo-visiblemente constelado en el imaginario de las culturas nativas". No obstante, no puedo dejar de insistir respecto de lo que, en mi criterio, subsiste como objeción a la "ontología" según el "uso conceptual occidental".

Raúl Prada enfatiza el uso de este término en tanto permite pensar el concepto que, en su criterio, refiere el "ser de lo imaginario". Pero, si la ontología es la búsqueda del *sentido del ser*, el autor hace un uso arbitrario del concepto al hablar de "ontología", puesto que la refiere a entes específicos. Lo mismo que cualquier ente ideal (un *número*, por ejemplo), uno real (un *hecho histórico concreto*), o un valor (la *justicia* por referir alguno), lo "imaginario es un algo", y en este sentido es más propio hablar de la "arqueología de lo imaginario" que de la "ontología" de dicho ente. Aspecto que, por lo demás, también es señalado por Raúl Prada cuando menciona este concepto al lado del concepto de "genealogía del sentido".

Si su propósito ha sido vincular el imaginario colectivo con la praxis social, interés intelectual muy loable por cierto; más que una "ontología de lo imaginario", Raúl Prada efectúa un análisis de tipo *praxiológico*; es decir, interpreta y comprende según sus propias asociaciones, cómo se desarrolla a partir del concepto de "representaciones colectivas", el desplazamiento de contenidos de conciencia, hacia un horizonte mucho más extenso, arduo y complejo, que el que tradicionalmente ha sido acotado por las llamadas "ciencias sociales".

En esto me siento muy próximo a las intuiciones de Raúl Prada. Más aún, porque acá sigue a Durkheim y a Beriain; es decir, subscribe la tesis que establece que las representaciones colectivas son el instrumento que hace posible hablar e imaginar. Tales representaciones son el conjunto de contenidos de conciencia que posibilitan una visión de mundo, el mecanismo que permea los discursos sociales e inclusive las estructuras psicológicas. En mi criterio, es ésta precisamente, la tarea "arqueológica" efectuada por

el autor respecto de lo imaginario, razón por la cual insisto en la impropiedad y la paradoja en la que Raúl Prada incurre inadvertidamente, al suponer que su libro sea antes que una "arqueología", una "ontología de lo imaginario".

Si la "arqueología" de lo imaginario implica instituir las representaciones colectivas como el mecanismo que opera en las conciencias de modo que condiciona y dirige los discursos sociales y las estructuras psicológicas a partir de las cuales es posible comprender el "sentido" de las prácticas; entonces propiamente el trabajo de Raúl Prada tiene el mérito de haber mostrado una aproximación cultural hacia ciertos grupos étnicos respecto de sus representaciones colectivas.

En esta perspectiva, me parece apropiado evaluar, no desde el punto de vista psicológico o sociológico solamente, sino desde la integración "arqueológica", el trabajo de Raúl Prada, trabajo que en mi criterio, para concluir, tiene dos pilares que permiten la comprensión de unos sujetos con otros, aunque finalmente, todos tengamos parte de lo mismo:

El primer pilar se refiere a la estructura de la externalidad de los individuos de las culturas originarias. Esto nos permite tener proximidad a la forma cómo los sujetos de tales culturas se ven a sí mismos respecto de lo que en su grupo, en su entorno y en el medio postcolonial en el que existen, se concibe como lo que "debe ser".

El segundo aspecto se refiere a las estructuras intersubjetivas, a la intimidad, a la manera cómo los sujetos se ven a sí mismos en la imagen especular del *otro*; es decir a cómo estas estructuras complejas dejan traslucir un imaginario colectivo en el contexto de la interacción y la opresión. El mensaje implícito en el libro de Raúl Prada me parece que es un llamado a cobrar conciencia de la manera cómo somos parte de ese imaginario y condicionamos la práctica social. Se trata de un llamado por el que se insta a que cambiemos nosotros mismos para que el *otro* sea lo que su propia estructura le permita llegar a ser.

Gracias.